

sean egoístas; y cuando sean bastante puros para descartar el código de la fuerza, serán bastante sensatos para atender como se debe a estos asuntos públicos de correos, caminos, el comercio y el intercambio de la propiedad, y museos y bibliotecas e instituciones de ciencias y artes».

«Esta intervención en la vida ajena—dice— es el dislate que descuella con repugnancia indelible en los gobiernos del mundo. Porque todas las leyes, salvo las que el hombre se da a sí mismo, son risibles . . . Por consiguiente, cuanto menos gobierno tengamos, tanto mejor—menos leyes y menos poder delegado. El antídoto contra este abuso del gobierno establecido es la influencia del carácter individual, el desarrollo del individuo . . . la aparición del hombre cuerdo, del cual (preciso es confesarlo) el gobierno existente no es más que una imitación miserable . . . El Estado existe para educar al hombre cuerdo, y cuando el hombre cuerdo aparece, el Estado expira. La aparición del carácter hace innecesario el Estado. El hombre cuerdo es el Estado».

Como hombre sensato, toleraba el Estado; pagaba sus contribuciones y no se paraba a colar mosquitos; pero como hombre libre se oponía a que el gobierno lo forzase; antes que someterse, destruiría el gobierno. Hay en su diario un pasaje, escrito cuando se declaró la guerra a Mé-